

Castella

(A)

097/003/021

Si las reuniones del pasado mes de Junio del "Institut Atlantique des Affaires Internationales" tuvieron por objeto analizar, desde distintas perspectivas, el tema de "Las relaciones económicas Este-Oeste", las que acaban de celebrarse en París, el 12 y 13 de Noviembre, en el nuevo edificio que, como anejo al "Château de la Muette", ha levantado la O.C.D.E., versaron sobre diversos problemas acuciantes con los que hoy día tienen que enfrentarse, en el ineludible trajín de sus negociaciones mutuas, los países occidentales. A saber, siguiendo el orden en que fueron tratados: "Reforma monetaria internacional", "Intercambios comerciales" y "Aspectos económicos de la defensa".

El Presidente de la Banque de Bruxelles, M. Louis CAMU fué el encargado de dirigir los debates, siempre correctos y casi académicos, en torno al primer tema citado en la anterior enumeración. Hombre agudo y de abundantes lecturas, excelente orador bilingüe, M. CAMU no pudo menos que comenzar el coloquio aludiendo a las acerbas críticas que se han hecho a las recientes discusiones en la Conferencia de Nairobi. Al contemplar los pocos resultados obtenidos, M. CAMU no quiso declararse públicamente pesimista y desalentado. Con buen humor filosófico precisó que -aunque, en el fondo, venga a ser lo mismo- prefiere sostener que una botella está medio llena, en vez de denunciarla como medio vacía.

Idéntica tendencia a una moderada resignación ante los magros resultados obtenidos en la citada capital africana, vino a manifestarnos el principal orador invitado a participar en la fase inicial del programa. Me refiero al Primer Ministro de Luxemburgo, M. Pierre WERNER, rector durante muchos años de las finanzas del Gran Ducado. Según M. WERNER lo más importante conseguido en Nairobi -algo es algo- es el haber dejado claramente planteados los problemas en un documento oficialmente distribuido entre las delegaciones. Mientras las discusiones del Comité de los Veinte

se prolongan, ha quedado en evidencia que una reforma monetaria exige la resolución de estos tres grupos de asuntos: 1º) Los procesos de reajuste para evitar los desequilibrios demasiado profundos en las balanzas de pagos. 2º) La adecuada regulación de las liquideces internacionales y 3º) Los métodos para reabsorber los excesos de activos en las monedas de reserva y muy especialmente en el dólar.

M. Pierre URI, destacado miembro del "staff" del "Institut Atlantique", nos subrayó que demasiadas discusiones teóricas han opuesto a los partidarios de los cambios fijos y a los que lo son de los cambios variables. En realidad, todo depende de las circunstancias. Los cambios fijos han funcionado razonablemente mientras los Estados Unidos disfrutaron de esa bendición del cielo que es la estabilidad. Servían de "butoir", de freno o de tope a la inflación en los demás países. Por eso, ninguna nación industrializada, salvo Francia, tuvo que recurrir a la devaluación entre 1949 y 1967. Ahora bien, los cambios fijos no pueden mantenerse cuando los otros países, a ritmos diferentes, se ven arrastrados por la inflación. No hay que olvidar empero que la pura flotación elimina los últimos límites del proceso inflacionista. Para M. URI la idea de cambios fijos pero reajustables podrá parecer a algunos puro y contradictorio verbalismo. No obstante, a su juicio, no sólo serviría para mantener alguna disciplina sino que, en alguna medida, evitaría la prolongación de desequilibrios insostenibles. Hay que llegar, en suma, a un acuerdo para que los reajustes se impongan tanto a los países deficitarios como a los que no lo son. En cierto sentido, ello supondría volver a las ideas del plan KEYNES, dado que el sistema de Bretton Woods hacía soportar una gran parte de la carga -abrumándolos- a los países deficitarios.

Intervino en el debate, Henry H. FOWLER, antiguo Secretario del Tesoro de los Estados Unidos para exponer los puntos de vista predominantes en su país. Habiéndose amortiguado las tradicionales resistencias a las revaluaciones -los casos de Alemania, Japón, Suiza, Austria y los Países Bajos son buena prueba de ello- es harto sabido que Washington ha marcado, hasta ahora, la tendencia a apoyarse fundamentalmente en los ajustes de los cambios y, sobre

todo, en las revaluaciones ajenas. Semejante criterio, casi automático y exclusivo, ha descansado en la vigilancia de las variaciones estimadas excesivas -en un sentido u otro, mejora o deterioración- de las reservas de los demás países.

Claro es que semejante conducta americana ha despertado en Europa grandísimos recelos sobre los que volvieron a poner su acento diversos oradores, como el Dr. Wilfried GUTH, del Deutsche Bank, Mr. W.A.P.MANSER, de la firma Baring Brothers, el italiano Ugo MOSCA, Director General de Asuntos Económicos y Financieros del Mercado Común y el francés Daniel DEGUEN, Secretario General del Consejo Nacional del Crédito, de la Banque de France.

Pese a las notas tomadas afanosamente, me resulta difícil reseñar la variedad de sus razonamientos, llenos de tecnicismos y matices, gozo de los expertos que escapa a mi ruin capacidad en materias tan arduas y delicadas. De ahí que no me extienda más sobre este primer problema debatido.

X

X X X

Al darse por terminado, al cabo de tres horas, la discusión sobre el tema de la reforma monetaria internacional, nos trasladamos todos, a través de unos pasadizos subterráneos, desde el número 19 de la rue de Franqueville al histórico "Château de la Muette", que albergó antaño, en alguna ocasión, a la bella y desgraciada María Antonieta, reina de Francia y en el cual, durante no pocos años he asistido, al frente de la Delegación española, a las reuniones de la O.C.D.E.

En uno de los salones tuvo lugar el almuerzo cuyo plato más sabroso fué la ponderada disertación que nos hizo el Jonkeer Emile VAN LENNEP, Secretario General de la O.C.D.E. La indudable autoridad del antiguo Ministro de Finanzas de los Países Bajos dió especial realce a su breve síntesis de las impresiones recogidas en el Comité de Política Económica que acababa de celebrarse en el alto organismo citado.

Destacaré tan sólo algunos extremos.

Es indudable que la subida de precios petrolíferos contribuye a la aceleración considerable de la inflación. Para luchar contra ella, los delegados de los países abogan por una sincronización de los esfuerzos y una acción concertada. La dificultad reside en la necesidad de ponerse de acuerdo sobre los objetivos a conseguir. Hay que admitir, además, que los diferentes países se encuentran en situaciones muy particulares y requieren una gran libertad de acción para utilizar los instrumentos que consideren convenientes para lograr los objetivos que pudieran establecerse coordinadamente.

La impresión derivada de la evolución de la inflación en los Estados Unidos, Francia, Alemania, Inglaterra y algún otro de los principales países de la O.C.D.E. demuestra que a pesar de haber utilizado diversidad de instrumentos, como los clásicos presupuestarios, fiscales y monetarios, ésta continúa desarrollándose a un ritmo fuerte, con un índice que se verá sustancialmente aumentado por el problema petrolífero.

Como consecuencia de todos estos factores, sin olvidar la subida de precios de las materias primas y otras mercancías que se han venido operando en los últimos meses y del gran malestar social que se está produciendo y se avecina en países como Francia, Inglaterra, etc., existe el convencimiento de que las economías del Occidente van a sufrir una desaceleración notable en su proceso de expansión, unida a una aceleración de la inflación. Es muy posible que, a la larga, entremos en un período de "stagflación" que es particularmente peligroso con sus secuelas de paro y problemas sociales derivados del mismo.

Particularmente interesante es el hecho de haberse producido un proceso de reajuste en las balanzas de pago de los países de Occidente a una velocidad superior a la que se esperaba. Los Estados Unidos, por ejemplo, que hace todavía seis meses parecían que iban a sufrir un déficit para 1973 de casi 7 mil millones de dólares, resulta que van a cerrar el corriente año con un déficit que será inferior a los mil millones. El Japón, en cambio, que tenía considerables excedentes al terminar 1972, va a terminar 1973 en una situación de equilibrio en su balanza de pagos.

Según cálculos del Dr. EMINGER, citados por VAN LENNEP el superavit de la balanza de pagos norteamericana para 1974 podría cifrarse aproximadamente entre 5 y 6 mil millones de dólares, lo que fortalecería extraordinariamente a esta moneda.

El proceso rápido de reajuste en las balanzas comercial y de pagos norteamericanas, se ha producido no sólo por un considerable aumento en la exportación de productos agrícolas a los distintos mercados sino también por un incremento notable de la exportación de sus productos manufacturados que han logrado una competitividad considerable.

Explicó también que durante el curso de los recientes meses, mientras algunos países como Alemania que, por el mayor valor del D.M., habían perdido gradualmente una competitividad comercial, se han podido defender por haber conseguido disponibilidades de bienes exportables. En cambio, otros países -aludía sin duda a Inglaterra cuya moneda ha perdido un considerable valor efectivo- no han podido beneficiarse de esta mayor competitividad comercial por carecer en muchos casos de bienes y suministros a ofrecer en el mercado mundial.

X

X X X

Al reanudarse, inmediatamente después de almorzar, la sesión novembrina del "Institut Atlantique", para tratar, esta vez, del tema de "Las relaciones comerciales entre los países de Occidente" pasó a ocupar la presidencia mi buen amigo John H. LOUDON, el magnate de la Royal Dutch Petroleum que este verano, al igual que el del año pasado, quiso anclar su yacht a pocos metros de nuestra casa de Mallorca.

Otro viejo conocido -que me prodigó también delicadas deferencias- M. Jean REY, antiguo Presidente de la Comisión Europea del Mercado Común -es hijo de un pastor protestante y llegó a decirme: "Siempre que hablo de España, cito su nombre como el del campeón de la Libertad Religiosa"- fué quién se encargó de lo que los anglosajones llaman "Introductory Remarks".

Mr. Robert SCHAEZEL, antiguo Embajador de los Estados Unidos cerca del Mercado Común, Mr. YOSHINO, Embajador japonés ante la O.C.D.E., Mr. Nathaniel SAMUELS, ex-Subsecretario de Estado norteamericano para los Asuntos Económicos, M. Jean Pierre BRUNET, Director de Asuntos Económicos y Financieros en el Quai d'Orsay y Mr. E.P. WELLENSTEIN, al servicio de la Comisión de las Comunidades europeas participaron, entre otros, en el intercambio de puntos de vista.

No es fácil hacer un resumen de todo cuanto allí se dijo. Un punto de partida fué el peligro latente de una vuelta hacia el proteccionismo. En los Estados Unidos, el "bill" BURKE-HARTKE sigue pendiente ante el Congreso americano, con sus amenazas de establecimiento de cuotas para la importación y de restricciones no sólo a las inversiones sino a las transferencias de tecnología. La mayor parte de las fuerzas sindicales (A.F.L.-C.I.O.) reniega, hoy día, de su anterior liberalismo.

La diferencia entre el NIXON Round y el KENNEDY Round es la siguiente: No se podrá esta vez limitarse prácticamente a los derechos aduaneros sobre los productos manufacturados. Será preciso enfrentarse con las barreras no tarifarias y la agricultura no podrá quedar marginada. Y, sobre todo, más que un diálogo entre los Estados Unidos y la Comunidad Europea habrá que atenerse a una operación triangular. El Japón será un interlocutor principal, al lado de los Estados Unidos y los Nueve de la Comunidad ampliada. Veremos como, en determinados casos, surgirán curiosas alianzas entrecruzadas. Los Estados Unidos y Europa, por ejemplo, tratarán al unísono de abrir aún más el mercado japonés. Norteamericanos y nipones procurarán, en cambio, ir aunados para hacer derivar hacia Europa las exportaciones japonesas que temen los yanquis. El Japón y Europa se concertarán para evitar ciertos medios de presión -particularmente el deslizamiento del dólar- que puede pretender usar Norteamérica.

En el terreno industrial, los Estados Unidos soñarían con la total supresión de los derechos de aduana. A lo que Europa se opone porque para ella la unión aduanera es, hoy por hoy, la base de su unidad. Por otra parte, invoca que la formación de los

precios y los costos aparece muy diversificada en unos u otros países y hace ver también que se necesitarían demasiadas cláusulas de salvaguardia.

Quizá la Comunidad Europea tendrá que volver a reflexionar a fondo sobre todos estos extremos. Los derechos aduaneros, en efecto, no son ciertamente uno de los mejores instrumentos de la política económica. Europa quizá pueda volverse hacia una política regional orientada en el sentido de que la industria vaya al encuentro de la mano de obra. Pero ello requiere mucho tiempo. Mientras tanto la protección aduanera sigue siendo un mal sustituto de políticas más activas y más imaginativas.

Esta situación de hecho va a relegar, durante varios años al menos, la idea de un libre cambio industrial.

Las posiciones aparecen todavía más antagónicas en relación con la agricultura. Los Estados Unidos ponen el grito en el cielo invocando -hasta ahora- el déficit de su balanza de pagos. Europa, por su parte, no quiere poner en entredicho su política agrícola. Sin embargo, debido a una escasez que no se sabe a ciencia cierta si es puramente temporal, los precios mundiales han ido mucho más allá que los de la Comunidad. América -bien lo sabemos los españoles- ha impuesto restricciones a la exportación de productos que habían alcanzado en el exterior unas ventas considerables. Quizá esta nueva situación dé pie para un acuerdo que permita reducir primero y suprimir después algo que perturba gravemente el comercio internacional: las primas y subvenciones a la exportación para la liquidación de excedentes.

Otro terreno en el que las posiciones se enfrentan es el de las relaciones con los países en desarrollo. El Mercado Común juega con las preferencias generalizadas y manifiesta que está dispuesto a aumentar contingentes y listas de productos, siempre con la condición de que hagan lo mismo otros países industrializados. El Trade Reform Bill americano también propone un sistema de preferencias. Pero éstas serían negadas a los países en desarrollo que, a su vez, concedan ciertas preferencias

a otros países industrializados. Semejante disposición se orienta, a todas luces, hacia los acuerdos de asociación entre la Comunidad de los Nueve y algunos países africanos. Acuerdos que la citada Comunidad pretenden queden a salvo de toda discusión.

Naturalmente, al hablar de preferencias generalizadas uno piensa con tristeza en el pobre papel de España en los actuales forcejeos con el Mercado Común. Pero no es ésta la ocasión para explayarnos sobre nuestras propias culpas en el no muy feliz enfoque de este asunto trascendental.

X

X X X

El tercer punto del temario, "Aspectos económicos de la defensa" era para mí especialmente sugestivo. Un antiguo Embajador británico en Moscú, Sir Frank ROBERTS iba a presidir esta fase final de los debates. Tenían anunciadas sendas intervenciones algunos expertos en la materia. Citemos al norteamericano Mr. Edward FRIED, de la Brookings Institution; al francés M. François DUCHENE que dirige en Londres el "International Institute for Strategic Studies"; al Director de Asuntos Económicos de la NATO, M. Yves LAULAN, a quién ya tuvimos ocasión de oír el pasado mes de Junio. Asimismo figuraban en la lista de oradores inscritos, el Embajador de Bélgica ante la NATO, M. André de STAERCKE y Lord GLADWYN que podríamos imaginarlo como el portavoz del Reino Unido.

Sin embargo, la gran "vedette" encargada de clausurar la reunión era el Secretario General de la NATO, Joseph LUNS, figura popularísima en los ambientes internacionales. No en vano, durante cerca de dieciocho años ocupó el cargo de Ministro de Asuntos Exteriores de Holanda, batiendo todos los records modernos de duración en el puesto. A mí, que, para desgracia de España, estuve ocupando cargo parecido durante casi trece años, LUNS solía llamarme en broma, por irle a la zaga, su "Dauphin"... La sincera amistad que me ha profesado ha sido constante. Al volver a encontrarnos ahora en París, puso empeño en darme muestra pública de un muy sincero afecto. Lo hizo incluso en uno de los momentos culminantes del discurso, muy



medido, que ponía "broche de oro" a los coloquios atlánticos. Apartándose del texto que llevaba escrito -precaución, ésta, hija del sentido de la responsabilidad de sus palabras-, al referirse a las dificultades que a lo largo de la Historia han encontrado los gobiernos para aumentar los créditos militares, se permitió aludir a la tremenda alarma de ISABEL I de Inglaterra ante la amenaza de la visita de la "Invencible". Angustia que obligó a la soberana a recabar ingentes apoyos pecuniarios de las dos Cámaras legislativas. LUNS comentó con gracejo: "Mi viejo amigo el Ministro CASTIELLA, del que guardo siempre el mejor de los recuerdos, tendría ahora sobrados motivos para celebrar la tacañería parlamentaria de aquellos señores importantes. Pero es sabido que a la Reina le favoreció la suerte al contar gratuitamente con otra ayuda mucho más eficaz y generosa, aunque imprevisible: la de los llamados elementos".

No quisiera terminar esta hartó larga reseña de lo tratado en París con motivo de la reunión del "Institut Atlantique", sin recoger siquiera algo -aunque sea un mínimo- de lo mucho e interesante que oí en relación con esa actual y grave pesadilla de los Gobiernos de Occidente: Los gastos militares y el "burden-sharing".

El problema viene de lejos y es archisabido. Al término de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos, de grado o por fuerza, tuvieron que asumir el papel de ser los gendarmes del mundo. Semejante misión les obligó a un ingente despliegue de fuerzas militares y a un derroche de medios económicos a nivel planetario. El orgullo patriótico y el idealismo pacifista, que no vamos a discutir, se fué conjugando con un muy íntimo, arraigado afán de robustecer la propia seguridad, alejando, lo más posible, de las fronteras de América a un temido agresor soviético al que, por otra parte, se trataba de cercar. A impulsos de estos sentimientos entremezclados, los Estados Unidos ayudaron a la reconstrucción de Europa y a la fundación y respaldo de la NATO. Todo ello dió lugar a gastos cuantiosísimos que, sin embargo, no tienen parangón con los que han supuesto luego el esfuerzo por alcanzar la supremacía atómica y la conquista del espacio así como las guerras calientes

-Corea, Vietnam, Próximo Oriente- en las que la, al parecer, casi omnipotente Norteamérica se ha visto, quieras que no, envuelta.

Naturalmente, el pueblo de los Estados Unidos ha acabado por sentir sobre sus hombros el peso abrumador de la púrpura. La terrible sangría en hombres y en dólares -con el inimaginable desmayo de la moneda que se creía era la más sólida del mundo y el desequilibrio espectacular de la balanza de pagos- han provocado movimientos en la política interna norteamericana tendentes a un repliegue de las fuerzas esparcidas por el mundo y a una exigencia malhumorada de que, al menos, la Europa de los Nueve y el Japón compartan económicamente ese "burden-sharing", esas pesadas cargas que implican tantos jadeos.

En París, una vez más, se puso de manifiesto la preocupación que unos y otros sienten ante las consecuencias de cualquier drástica medida que altere el actual ten con ten estratégico. Mientras Europa va tomando conciencia de la necesidad que tiene de no estar preterida en las grandes decisiones de nuestros tiempos, se barajaron, en nuestras sesiones de estudio y meditación, cifras y argumentos sobre las posibilidades de variar las contribuciones de unos y otros al esfuerzo común.

No faltaban, en efecto, motivos para la reflexión. Pese a los espectaculares acercamientos entre Moscú, Pekin y Washington y las apariencias subsiguientes de un mayor espíritu de conciliación de que dan muestra los tres colosos, los países occidentales -lo subrayó enfáticamente LUNS- no pueden conformarse con vagas declaraciones de buena voluntad. De ahí que los presupuestos militares -aunque alcancen ya cifras astronómicas- tengan que seguir aumentando más y más incesantemente.

Los progresos galopantes de la técnica hacen imprescindible la renovación constante de un armamento costosísimo. Piénsese, por ejemplo, que el coste de un nuevo portaviones nuclear sobrepasará los mil millones de dólares. Se tiende, es cierto, a procurar una defensa con el empleo de menos hombres, como ha propugnado el general Keneth HUNT en un libro que acaba de publicar en Londres el

"International Institute for Strategic Studies". Pero ello no aliviará los presupuestos militares que tendrán que satisfacer los gastos que la calidad de los nuevos pertrechos bélicos exige.

Los últimos acontecimientos en el Próximo Oriente han sido en muchos aspectos reveladores. Podría decirse que revolucionarios. En París, todos estaban de acuerdo en la trascendencia de la aparición y entrada en juego de una superpotencia más: la de los países dueños del petróleo, que viene a alterar el equilibrio mundial basado en la diarquía U.S.A. - U.R.S.S. y en el "directorio" que aspiraba a completarla: China, Japón y la Comunidad Económica Europea.

Un maestro de la Economía, el Dr. EMINGER, en la reciente reunión del Comité de Política Económica de la O.C.D.E., refiriéndose a las consecuencias de subidas de precios petrolíferos y su impacto en las balanzas de pagos, sostenía que, si dicho aumento continúa invariable y el volumen de suministros también continúa invariable, podría cifrarse en un 40% el aumento del valor de las exportaciones a Occidente de los países árabes productores del oro negro. Con ello, pasarían de una cifra de 36.000 millones de dólares en 1973, a otra de 50 mil millones en 1974. Ello representaría un aumento de 14 mil millones de dólares que los países árabes podrían disponer, bien para invertirlo en compras de bienes de capital o bienes de consumo en los países del Occidente, bien utilizándolo en compras de armamento o bienes de equipo o de consumo en los países del bloque oriental.

Opción, ésta última, que al ser apenas insinuada invita ciertamente a meditar muy mucho.

19 de Noviembre de 1973.